

tumbre, en las Oficinas Policiacas se negaban a informar. Todos los que del Comité habían quedado, estaban perplejos, atolondrados y sin poder tomar una determinación. Allen, en junta económica del Comité, opinó que lo único que se podía hacer, vista la debilidad y desorganización que había, era el pedir al Presidente Obregón que no se les deportara y, si como era lo lógico, se negaba a acceder, cuando menos luchar por lograr que no se les deportara a EE.UU., donde las represalias de las autoridades de aquel país serían terribles, dado que todos ellos tenían cuentas pendientes con ellas.

Al día siguiente 17, estando al fin localizados Sanvicente y Seaman, en la Inspección de Policía, se presentó una comisión formada por el Comité y yendo como agregado Allen, para entrevistar al Presidente. Antes, Allen había estado en el pórtico de la Cámara de Diputados, hablando con Felipe Carrillo, por entonces Diputado por Yucatán, para hacerle ver la obligación y la necesidad que tenía él y los Diputados que se decían Socialistas, para evitar esos atentados. Respondió que: “Nada podían hacer”.

En la entrevista con Obregón, Rodolfo Aguirre y Rafael Quintero fueron los que llevaron la voz y, a pesar de que Obregón varias veces se dirigió al hablar a Allen, éste no contestó, concretándose a ser simple observador, pues comprendió que lo que ahí pasaba, era una iniciación de acercamiento por parte de dirigentes “rojos” y el Presidente. Este habló de que, si los trabajadores mexicanos querían hacer la revolución social, él, respetuoso de la voluntad del pueblo, no podría oponerse; pero que en lo que nunca transigiría, sería en que “elementos extranjeros se mezclaran en la política del país; que él era nacionalista y quería que el pueblo mexicano lo fuera, aún al hacer la revolución de los trabajadores”. Ofreció que no serían enviados los deportados a EE.UU., sino a donde ellos pidieran ir y delante de la comisión ordenó al Jefe de su Estado Mayor, que se procediera a detener en el camino a Laredo, a Seaman

